



11

LA COFRADÍA DEL SANTO SEPULCRO (1957-2007)

MANUEL POGGIO CAPOTE  
ANDRÉS A. MARTÍN DÍAZ  
JOSÉ G. RODRÍGUEZ ESCUDERO



## 1 | ORIGEN

### 1.1 | FUNDACIÓN

La Cofradía del Santo Sepulcro se fundó en el mes de abril de 1957. Según consta en sus primeros *Estatutos* (art. 1º),

con arreglo a las prescripciones del vigente código de Derecho Canónico y demás disposiciones generales que le puedan complementar y sometida a la autoridad del Ilmo. y Rvdmo. ordinario de esta Diócesis de Tenerife, se constituye en Santa Cruz de La Palma y en su parroquia matriz de El Salvador, una hermandad de penitencia, integrada por varones, con el título de Cofradía del Santo Sepulcro y en la advocación a la sagrada imagen de Cristo Yacente.

Estas disposiciones fueron redactadas en la sala capitular de dicho templo por una junta rectora provisional creada para este fin. La misma estaba presidida por el reverendo y primer director espiritual de la confraternidad sepulcrista José Blas Vandewalle y Hernández, juntamente con otros miembros de la nueva corporación cristiana. Las normas estatutarias se terminaron de confeccionar el 12 de junio de 1959. Una vez se acordó su contenido, se presentaron en el Obispado de Tenerife y el 24 de diciembre de 1959 fueron aprobadas y rubricadas por el prelado Domingo Pérez Cáceres (1892-1961). De este modo, el Santo Sepulcro se convirtió en la única cofradía de penitencia que procesionaba desde la parroquia de El Salvador; segunda de Santa Cruz de La Palma, pues ya desfilaba La Pasión, fomentada por el mencionado tonsurado un año antes, cuando ocupaba el cargo de coadjutor de la recién inaugurada parroquia de San Francisco de Asís<sup>1</sup>. Igualmente y a la vez que se fundaba la confraternidad sepulcrista, Vandewalle propició la creación de la Cofradía de los Siete Dolores (integrada por señoras, vestidas de riguroso luto, con mantilla y/o peineta), la cual forma parte del cortejo del Santo Entierro precediendo el paso de la *Virgen Dolorosa*.

Por tanto, antes de proseguir con los pormenores y características de la Cofradía del Santo Sepulcro es preciso desarrollar —a modo de preámbulo— unas notas biográficas sobre su promotor, el sacerdote José Blas Vandewalle y Hernández. D. José Blas había nacido en la capital de la Isla el 13 noviembre de 1926. Era nieto de Rafaela Álvarez y Álvarez, citada en un capítulo anterior y —como se indicó— estrechamente unida a la iconografía del *Cristo Difunto*. Este sacer-



José Blas Vandewalle y Hernández  
Archivo de la Cofradía del Santo Sepulcro

dote diocesano aprendió sus primeras letras en el colegio de las madres dominicas (La Palmita). Continuó su formación bajo la tutela —entre otros docentes— de José Apolo de las Casas (1894-1975). Desde muy joven acreditó profundas convicciones espirituales, recibiendo mucha influencia de Félix Hernández Rodríguez (1878-1963), párroco que fuera de El Salvador. Como todo joven, combinó esta faceta más reservada a lo sagrado con otra más mundana. De buen carácter, disfrutaba de la vida social de Santa Cruz de La Palma. Una vez finalizados los estudios de bachillerato decide cursar la carrera de medicina, quizás siguiendo la tradición sanitaria de la familia, puesto que su abuelo materno era farmacéutico. Con este objetivo se traslada a Madrid y se matricula en la Universidad Central, que abandonará más tarde. En ese momento y bajo la

influencia del padre Hernández Rodríguez, Vandewalle decide probar fortuna en el seminario diocesano. Aunque no se encontraba seguro acerca de la idoneidad de los estudios eclesiásticos, se atrevió inicialmente durante un curso académico. En 1951 entró en el seminario, encontrándose casi de inmediato con unas circunstancias muy distintas de las que había prejuizado: encaja perfectamente, vislumbra su futuro y se ilusiona con la vida sacerdotal. Durante los siguientes cuatro años estudia las diferentes disciplinas religiosas, pero interesándose de manera especial por Filosofía y Teología. En las aulas de esta institución recibió clases del palmero Elías Yanes Álvarez, quien fuera presidente de la Conferencia Episcopal Española entre 1993 y 1999. El 19 de junio de 1955, durante la «Semana Chica» de las Fiestas Lustrales de la Bajada de la Virgen, D. José fue consagrado diácono en la iglesia matriz de El Salvador. La ceremonia fue presidida por el mitrado ya mencionado Domingo Pérez.

En relación con los actos y manifestaciones públicas de la Semana Santa, debemos apuntar que desde su más tierna edad, Vandewalle se mostró como un apasionado de dichas celebraciones. Una vez egresado del seminario retornó a su isla natal, donde trabajó como coadjutor en la nombrada parroquia de San Francisco. Allí apoyó —por ejemplo— la creación de la Cofradía de la Pasión en 1956. Además, en el campo pastoral, cabría reseñar que ocupó la capellanía de la Clínica Camacho y la de la comunidad de las monjas dominicas de la Sagrada Familia.

Poco después, el joven clérigo es destinado a la parroquia matriz, donde comienza a idear la creación de una nueva hermandad que acompañara al *Señor Muertito* en el Santo Entierro<sup>2</sup>. Esta idea surge en una reunión del Grupo Joven de Acción Católica y contó con la colaboración de numerosos entusiastas<sup>3</sup>. No debemos olvidar que por aquellas fechas se estaba experimentado un resurgir de las hermandades pasionistas en la ciudad de San Cristóbal de La Laguna<sup>4</sup>. En 1950 había realizado su primera estación de penitencia la Cofradía de la Sangre que, ubicada en la antigua iglesia de San Agustín, daba culto público al *Señor de la Cañita*, un *eccehomo* atribuido a Lázaro González de Ocampo (1651-1714)<sup>5</sup>. Tampoco se debe soslayar la especial veneración familiar a esta advocación cristífera. Así, es preciso recordar que, desde niño, Vandewalle había observado en casa de sus abuelos el armonioso rito con el que era preparada la imagen del *Cristo Yacente*. Todo ello despertó en él la devoción por el Santo Entierro.

## 1.2 | NATURALEZA Y FINES

Las actuales cofradías penitenciales bajo la encomienda del Santo Sepulcro no aparecen hasta el siglo XVI. El origen de todas ellas emana, en primer lugar, de la piedad popular hacia el cuerpo inerte de Cristo; en segundo lugar, del misticismo contrarreformista; y, por último, de la devoción transmitida por los padres franciscanos, custodios del Santo Sepulcro de Jerusalén. Asimismo, cabría mencionar como otro de los referentes de la cofradía palmera a la Orden Pontifica y Militar del Santo Sepulcro de Jerusalén. Esta orden se fundó en 1098 y conjugaba un carácter religioso junto a otro castrense. La del Santo Sepulcro se trata de una de las cinco órdenes que se instituyen en los Santos Lugares; el resto fueron la del Temple, la de San Juan de Jerusalén, los Caballeros Teutónicos y los Lazaristas. Desde sus orígenes, los sepulcristas tuvieron gran aceptación y dispusieron de un gran número de afiliados<sup>6</sup>. Entre las normas que debían obedecer los caballeros del Santo Sepulcro pueden enumerarse: oír misa diaria, si hay oportunidad; exponer sus bienes y la vida cuando hubiere guerra contra los infieles y asistir personalmente, o en su defecto, enviar a un sustituto apto; defender la Iglesia y a sus ministros contra los enemigos y velar por ellos en cuanto puedan; evitar guerras injustas, torneos, duelos y todas aquellas acciones semejantes, a excepción de los casos que constituyan un ejercicio militar; establecer la paz y cordialidad entre los hombres, velar por los intereses públicos, proteger a las viudas y huérfanos, evitar blasfemias y juramentos en vano, sacrilegios, robos, usuras, homicidios, lugares sospechosos, personas infames, la embriaguez y guardarse de hacerse reprehensible; y mostrarse con palabras y acciones dignas de tan grande honor, frecuentando iglesias y atendiendo al culto divino. En cuanto al distintivo de los caballeros, consistía en una cruz potenziada, de gules, con cuatro cruces más pequeñas y potenziadas del mismo color, dos en cada costado, sobre el manto (divina heráldica de Jerusalén) y la cruz patriarcal de doble travesía sobre el pecho. Algunos historiadores ven en el símbolo de la cruz de Jerusalén, el recuerdo a las cinco llagas de Cristo. Al encargarse los franciscanos de los lugares de Tierra Santa, el papa León X (1475-1521) les autorizó a armar caballeros del Santo Sepulcro a cuantos peregrinos llegaran a Jerusalén y así lo solicitaran, siendo condición indispensable pertenecer a familias principales europeas. Era muy solemne la ceremonia de recepción de un aspirante, que se celebraba muy cerca de la tumba de Cristo. Allí se procedía a ordenar, armar y tomar el preceptivo juramento al nuevo miembro de la congregación. Al extenderse por toda Europa, la Orden del Santo Sepulcro empieza a emprender un ambicioso proyecto: la fundación y construcción de numerosos cenobios e iglesias. En Aragón aún se puede admirar la real iglesia del Santo Sepulcro de

Calatayud, que hoy en día sigue en pleno servicio espiritual. Hay que añadir también el convento de religiosas Comendadoras del Santo Sepulcro de Jerusalén, fundado en Híjar por la baronesa de aquella villa. Otra dotación erigida en Zaragoza fue la del monasterio de las Damas Comendadoras. Precisamente, fue en esas mismas tierras aragonesas donde, según cuentan las crónicas, se funda el primitivo Santo Sepulcro conocido en España. Corresponde al de la iglesia de la Virgen del Carmen de Zaragoza, en el que se veneró por primera vez el simulacro de un cuerpo difunto de Cristo. Estaba acompañado por la Virgen, san Juan Evangelista, los Santos Varones y las Santas Mujeres. Una de ellas sujetaba un sudario entre sus manos. Dicha capilla alcanzó a considerarse como el foco de la devoción pasionista por excelencia a Cristo Muerto. Y en este mismo emplazamiento se fundó la Primera y Devotísima Procesión del Entierro de Cristo Nuestro Señor por Juan de Funes y Villalpando —marqués de Ossera—, a instancias del padre Marcos de Guadalaxara y Xavier.

Tras la venerada imagen del templo carmelita se debe dejar constancia del espectacular *Cristo Yacente* encargado por Felipe III en 1615 a Gregorio Fernández (c. 1576-1636), que en la actualidad se halla en el oratorio del convento de Capuchinos Nuestra Señora de los Ángeles de El Pardo (Madrid)<sup>7</sup>. Otra efigie que no podemos olvidar es la del *Yacente* esculpido por Juan de Mesa (1586-1627) para Sevilla, locali-



Procesión del Santo Entierro. ca. 1950. Santa Cruz de La Palma  
Colección Carlos Yanes Carrillo

zado en la iglesia conventual de San Gregorio Magno. Se trata de una de las tallas titulares de Real Hermandad Sacramental del Santo Entierro de la ciudad del Betis. A diferencia de la obra citada con anterioridad —de Gregorio Fernández— y en general de toda la imaginería castellana más plana y casi con carácter de relieve, la iconografía de los yacentes andaluces se distingue por su forma «redonda»<sup>8</sup>. Otras poblaciones de la Baja Andalucía que cuentan con antiguas hermandades y advocaciones de este tipo son —a modo de muestra— Sanlúcar de Barrameda, cuya confraternidad se data en 1515; Jerez de la Frontera, en 1547; el Puerto de Santa María, en 1566; o Cádiz, a finales del xvi.

Como no podía ser de otra manera, la devoción a esta iconografía del Señor Muerto se extiende por todo el territorio del archipiélago canario. Las principales poblaciones han contado desde siempre con una imagen de este tipo. Así, se podrían citar —por ejemplo— el localizado en La Laguna (en el convento de la Orden de Predicadores) y con posible procedencia del oratorio particular de la familia Arguijo<sup>9</sup>; el conocido como *Cristo de la Misericordia* (obra de Domingo Pérez Donis y anterior a 1645), que se venera en el Puerto de la Cruz<sup>10</sup>; tampoco se debe olvidar el crucificado de brazos móviles denominado *Cristo de la Dulce Muerte* confeccionado a partir de caña de maíz conservado en Guía de Isora (Tenerife) y que en su tiempo sirvió como difunto<sup>11</sup>; el de la parroquia de Nuestra Señora de la Asunción (San Sebastián de La Gomera), obra andaluza del Seiscientos<sup>12</sup>; y el existente en la parroquia de Nuestra Señora de la Concepción de Santa Cruz de Tenerife, correspondiente a finales del siglo xvii. En la isla de La Palma, pueden distinguirse los correspondientes a los templos de Nuestra Señora del Rosario (Barlovento) y Nuestra Señora de los Remedios (Los Llanos de Aridane). Ambas efigies pertenecen al siglo xvi y presentan sus brazos articulados, de manera que pudieran servir alternativamente como crucificados y yacentes. En el resto de las jurisdicciones parroquiales también es frecuente hallar esta advocación. Baste enumerar los *Difuntos* localizados en las iglesias de Nuestra Señora de Bonanza (El Paso), talla del artista local Aurelio Carmona López (1826-1901)<sup>13</sup>, San Mauro Abad (Puntagorda) o los dos de las feligresías vecinas de San Andrés Apóstol (talla neoclásica de 1,58 metros) y Nuestra Señora de Montserrat (San Andrés y Sauces)<sup>14</sup>.

Por lo que respecta a la actual corporación sepulcrista de Santa Cruz de La Palma, es necesario subrayar que, según se recoge en sus postulados, tiene como principal objetivo promover y fomentar el culto, veneración y devoción a Nuestro Señor Jesucristo en la imagen que lo representa muerto en el Santo Sepulcro. Es decir, al



*Cristo Difunto* que se veneraba en la parroquia matriz de El Salvador. Para ello, dicha cofradía debe organizar y promover, en honor a la sagrada imagen, la fiesta canónica que se celebra el 14 de septiembre (día de la Exaltación de la Santa Cruz). Entre sus fines, cabría enumerar también los de contribuir y colaborar con la jerarquía eclesiástica, cofradías o asociaciones religiosas a fomentar el esplendor de la Semana Santa en Santa Cruz de La Palma; cooperar en la acción evangelizadora y pastoral de la Iglesia; promover la justicia, la caridad y la solidaridad en la sociedad; infundir el espíritu de penitencia; y atender la formación básica y permanente de sus hermanos. Para el logro de cada uno de estos fines, la cofradía marca en sus estatutos los medios que deben tomarse, dirigidos por su junta rectora y llevados a cabo por las diferentes clases de hermanos que la forman (mayores, de mérito, mayordomos, de túnica, de paso, aspirantes o acólitos, honorarios, protectores y sacerdotes). Por último, a estas directrices se deben añadir, además, los fines propios de cualquier asociación de fieles<sup>15</sup>.

## 2 | HISTORIA

### 2.1 | AMBIENTE SOCIAL

En 1957 Santa Cruz de La Palma era una ciudad con poco más de 12 000 habitantes. El año había comenzado con una enorme tragedia: entre el 15 y el 16 de enero un terrible temporal asoló la comarca, ocasionando demoledoras consecuencias. La prensa local informaba de treinta y dos muertos y veinte y dos desaparecidos, además de más cien viviendas destruidas y setenta y cuatro parcialmente afectadas. Un desastre que conmocionó todo el Archipiélago y cuyo recuerdo aún despierta temor.

En el terreno político cabría apuntar la salida de Blas Pérez González (1898-1978) como ministro de Gobernación. Durante dicho año, el Ayuntamiento de la capital palmera conoció dos alcaldes: Agustín Perdigón Benítez y Manuel Fernández de las Casas. Dentro del ámbito cultural es reseñable un ramillete de buenas noticias, como fue la publicación del *Catálogo de la colección de tabaqueras y utensilios de fumador* (Madrid: Museo del Pueblo Español) por José Pérez Vidal, su prólogo a la edición de *Madrid* (Madrid: Afrodisio Aguado S. A.) de Pérez Galdós o su novedoso artículo «Las conservas almibaradas de las Azores y las Canarias», que vio la luz en el volumen XIV del *Boletim do Instituto Histórico da Ilha Terceira*; y la entrada del escritor, crítico literario y ensayista Manuel Pedro González Fernández (1893-1974) en la Academia Cubana de la Lengua. Por último, no se debe olvidar que en dicho año

tomó la alternativa como matador de toros el garafiano José Mata (1940-1971), efeméride acontecida en el coso Nuevo Circo de Caracas.

La sociedad poco a poco se despertaba de la sacudida bélica. Con la predisposición del obispo Pérez Cáceres comenzó a permitirse algún baile de carnaval, que más tarde se instituirían de manera oficial bajo el apelativo de *Fiestas de Invierno*. El ocio urbano se ceñía a los paseos, el cine, los encuentros deportivos y riñas de gallos, o a la participación popular en las tradicionales festividades (la Cruz, el Carmen, San Francisco, la Naval, etc.), de las que las jornadas de la Semana Santa ocupaban un lugar preferente. Por aquellas fechas —asimismo— iniciaron su andadura las hoy en día clásicas rondallas de villancicos. Entre los ecos sociales, es necesario subrayar el fallecimiento de Miguel Pérez Camacho (medalla de oro de la ciudad y placa de la Orden de Sanidad), a quien sus convecinos erigieron un busto en la plaza de La Alameda; y de Pedro Cuevas Pinto, político, periodista y abogado.

## 2.2 | ETAPA INICIAL: 1957-1984

Una vez superadas las dificultades inherentes que siempre acompañan a toda iniciativa, se constituyó oficiosamente la cofradía. En la crónica que publica en su edición del lunes 22 de abril, *Diario de Avisos* daba cuenta de la recepción de las nuevas hermandades incorporadas a los cortejos procesionales de la capital, haciendo hincapié en el ritual de la toma de hábito:

Merecen citarse también la bendición e imposición de medallas y hábitos de las cofradías de «Los Siete Dolores de Nuestra Señora» y del «Santo Sepulcro» de la Parroquia de El Salvador a los numerosos cofrades fundadores de estas nuevas asociaciones que en el presente año dieron gran realce a las ceremonias y procesiones del Viernes Santo, juntamente con la cofradía de Niños «Hosanna» inaugurada en el pasado año en la Parroquia de San Francisco»<sup>16</sup>.

Para la primera estación de penitencia se contó con la licencia del párroco local Félix Hernández y la autorización verbal del obispo, Pérez Cáceres. Desde entonces, la Cofradía del Santo Sepulcro se ha encargado de venerar, dar culto y acompañar el paso del *Señor Muertito* en su salida a la calle. Con destino a la procesión los hermanos se esmeraron en algunos aspectos visuales con el fin de lograr mayor opulencia durante el cortejo. Asimismo, se consiguió alguna donación como la procedente de

Manuela de Sotomayor y Sotomayor para arreglos en las cuelgas de terciopelo y para las jarras plateadas, o el estreno del manto de terciopelo negro para la *Virgen Dolorosa* de Santo Domingo («La Magna»), que en este mismo año también estrenó cofradía, la de los Siete Dolores. A todo esto se debe sumar la nueva base del *Cristo*, en alpaca repujada y plateada, adquirida en La Laguna al orfebre César Fernández Molina. Las mismas fueron costeadas por suscripción popular y bajo la gestión de Enrique Guillermo Pérez García y Manuel Sosvilla Massieu, hermanos del Santísimo. El remate de esta obra ascendió a 12 000 pesetas. Luis Vandewalle y Carballo (1906-1987), quien habría de ser deán de la Santa Catedral de San Cristóbal de La Laguna, cuidó desde la ciudad universitaria de la ejecución del proyecto, informando con asiduidad de los progresos alcanzados y velando siempre por su acabado<sup>17</sup>.

El paso del *Señor Muertito* llevaba seis fanales grandes de cristal con peana de latón, tres a cada lado. Los mismos pertenecieron a las parihuelas de «La Magna» hasta que en 1937 fueron sustituidos por adquirirse unas andas procedentes de París que regaló Dolores Vandewalle y Fierro, VII marquesa de Guisla-Ghiselín (1874-1949). En 1948, cuando habían perdido su uso, estas luminarias se rescataron de un local de la iglesia de Santo Domingo, donde habían sido depositadas, y comenzaron a ser utilizadas en el anterior trono del Señor. En 1957 pasan a las actuales andas, procesionando en un principio con seis fanales. Con el paso del tiempo dejan de colocarse los seis (iban tres a cada lado), para procesionar con tan sólo cuatro, uno en cada esquina.

La cofradía tuvo como su titular la efigie del *Señor Muertito* que donó en 1948 Antonio Lugo y Massieu (1880-1965) a la parroquia matriz, obra seriada realizada en pasta de madera en taller olotense (Gerona). Dicha imagen se ha alojado en la capilla de san Juan Bautista, ubicada en la nave del Evangelio. La construcción de la misma data de principios del siglo XVI. Está ornada por un elegante retablo de líneas neoclásicas correspondiente al primer tercio del XIX. Este altar se dispone en un único cuerpo que aparece coronado por arquitrabe, cornisa de dentellones, frontón curvo partido con pedestal y jarrón en el centro. El arco de la hornacina descansa en pilastras acanaladas sobre ménsulas. En el banco existe otra hornacina, en cuya base se encuentra la talla del *Cristo Difunto*. Todo el conjunto está presidido por la imagen de *San Juan Bautista*, una excelente escultura de escuela sevillana que ha sido atribuida a la gubia de Martín de Andújar (1602-?), Francisco de Ocampo (1579-1639) y Jacinto Pimentel (1627-1676)<sup>18</sup>.



En cuanto a la biografía de la Cofradía del Santo Sepulcro, es necesario subrayar algunos aspectos sobre su primera salida procesional. La expresada estación de penitencia se realizó el 12 abril de 1957 bajo una autorización provisional. En su edición de la víspera, *Diario de avisos* anunciaba con expectación: «Y este año, según todas las noticias vertidas en rumor de conversaciones, la Semana Santa superará en esplendor a las anteriores, cosa nada extraña, pues el fervor avanza siempre por una invisible escala de elevación singular hacia la perfección y la máxima unidad con Dios, Nuestro Señor»<sup>19</sup>. En el escudo elegido por los hermanos para representar a la confraternidad figuraba una cruz latina con una corona de espinas. El hábito, diseñado —asimismo— por la congregación, conjugaba el blanco, el rojo y el negro. Fue ideado por los propios hermanos y cada uno de los colores posee un significado distintivo: el blanco simboliza la pureza interior del alma, el rojo la sangre derramada por Cristo y el negro el luto por su muerte. La toma de hábitos se celebró en la mañana del Jueves Santo de 1957, y a continuación se celebró un *via crucis* penitencial en el interior del templo matriz. Recibieron el ropaje veinte y siete aspirantes<sup>20</sup>. Pocas horas después, en la tarde del viernes, la Cofradía del Santo Sepulcro salió a las calles de la capital palmera. La hermandad se disponía en dos filas paralelas, encabezada por una cruz de guía muy sencilla (confeccionada en madera y con el único ornamento de una corona de espinas en el cruce de sus brazos). Esta insignia establecía —además— una relación con el escudo que los cofrades llevaban en el capuchón sobre el pecho, idéntico en su formulación emblemática; a continuación, seguían los hermanos de luz que portaban unos velones al estilo andaluz; en el medio se colocó una bandera negra con una cruz al centro<sup>21</sup>.

La redacción de *Diario de avisos* sintetizaba en estos términos la renovación cofrade de Santa Cruz de La Palma experimentada en aquel año, dejando al descubierto el particular esplendor de la jornada del Viernes Santo:

Es indudable que las esperanzas de superación abrigadas, con anterioridad a la Semana de Pasión, ha sido ampliamente manifestado en todos los aspectos: litúrgico, de fervor y belleza. Las cofradías reorganizadas pusieron su nota de color impresionante en los desfiles procesionales. Un nutrido grupo de señoritas ataviadas garbosamente con la clásica mantilla española, realzaron la procesión del Viernes Santo con su inimitable belleza. Es preciso no olvidar otras jóvenes, con indumentaria distinta, pero luciendo también el austero traje oscuro sin perjuicio de su natural hermosura.

En resumen que la nota más destacada es el resurgimiento de estas cofradías de antiquísima tradición, pero casi olvidadas y que ahora vuelven a la vida con nueva sangre, nutrida de ilusiones y sabia dirección<sup>22</sup>.

Así, pues, desde 1957 otro espectáculo paralelo y tal vez más enigmático y sentido se ofrecía ante los extraordinariamente emocionados ojos de los cofrades. Casi invisibles ante las miradas de la concurrencia, veían aquella realidad a través de dos rendijas



(En la p. 336:) Capilla de San Juan Bautista de la iglesia de El Salvador  
 Archivo Miguel Bethencourt Arrocha

Procesión del Santo Entierro. ca. 1958  
 Avenida El Puente. Santa Cruz de La Palma  
 Archivo Tomás Ayut

practicadas en la capucha. Habían sido muchas las horas de preparación para que todo quedara dispuesto, y con rigor, disciplina, cariño y sacrificio se saboreaba ahora el fruto de tanto trabajo y anhelo. La realidad en aquella tarde sólo se podía ver en una dimensión diferente, casi mágica. Desde el interior de los blancos hábitos y de las negras

capuchas y capas, una nueva etapa era experimentada con los cuatro sentidos, muy alejada tal vez de lo que se vivía externamente. El ruido penetrante de la procesión, las borrosas imágenes por las lágrimas y el incienso, el frío de la losa en contacto con el desnudo pie, el tacto encariñado con la representación de la talla inerte de Jesús y lo que todo ello significaba agotaba mucho al cuerpo, pero alimentaba más al alma.

Sobre el Santo Entierro, cabría recordar que hasta 1958 el recorrido se iniciaba en el templo matriz, desde cuyo recinto la procesión se abría paso por la calle Pérez Volcán. A su salida de El Salvador, el cortejo lo podrían componer dos o tres pasos, la *María Magdalena* que tallara Fernando Estévez para el convento de los franciscanos; los *Santos Varones* (que lo hacían en sus tradicionales andas separadas dado que por un lado iba José de Arimatea y por el otro Nicodemo); y, a continuación, *El Señor Muertito*. Un hecho caído en el olvido es que las andas del *Cristo Difunto* y las de los *Santos Varones* se disponían en paralelo sobre un mismo eje. Es decir, el Cristo al centro y cada uno de los Santos Varones a cada uno de sus costados. La procesión seguía por las calles Vandewalle, San Sebastián y Fernández Ferraz hasta llegar a la iglesia de Santo Domingo (antiguo convento de San Miguel de las Victorias), donde se les unían las efigies de *San Juan* y la *Virgen María*. El Santo Entierro entraba en cada una de las iglesias de la población, en las que se interpretaba el motete *Jesusalem*. El desfile continuaba por las calles San Telmo, Sol, Virgen de la Luz, Blas Simón, Dionisio O'Daly y Anselmo Pérez de Brito hasta la iglesia de San Francisco. Después se dirigía al oratorio del hospital de Nuestra Señora de los Dolores. En el antiguo templo de Santa Águeda la imagen era recibida por los enfermos. Al caer la noche la procesión bajaba por Ramón y Cajal y el lomo de Mataviejas hacia El Salvador, donde se celebraba la ceremonia del Entierro, practicada por los sacerdotes y algunos hermanos del Santísimo. El desfile se prolongaba durante demasiado tiempo. Por este motivo se pensó en la modificación del trayecto de las procesiones. Así se efectuó desde 1958, edición en la que el Santo Entierro y casi todas las demás procesiones fijaron su itinerario en el centro histórico de la ciudad. Una vez finalizaba la representación del Santo Entierro, se procedía a la procesión del Retiro con las tallas de *San Juan Evangelista* y la *Dolorosa* desde el templo matriz hasta Santo Domingo.

En aquella jornada todo recordaba a la muerte de Cristo. Los parroquianos y visitantes vestidos de luto eran separados por sexos tanto en la calle como a lo largo y ancho de las tres naves del templo de El Salvador. Como en todo trasiego, algún tirón o empujón propició la caída al suelo de prendas o complementos del vestuario de la

feligresía. Así lo confirma el suelto que publica en 1920 el *Diario Insular*: «Don Manuel Hernández Pérez nos participa que el viernes Santo encontró una pulsera de niña, al parecer de oro, la que entregará a la persona que acredite ser su dueño»<sup>23</sup>. Muchos aguardaban taciturnos y expectantes la entrada de la magna procesión del Santo Entierro a través del pórtico renacentista de la plaza de España. Incluso los matrimonios eran apartados en las filas. Recordemos que se trataba de teatralizar una tradición cargada de una alta dosis de emotividad, seriedad y tristeza. Se rememoraba la Pasión y Muerte de Cristo en el seno de una sociedad que vivía los asuntos divinos con gran veneración y respeto. Sirva como ejemplo que en Viernes Santo no estaba permitido barrer, cantar o hablar en voz alta. Una época en la que guardar las formas y exteriorizar el dolor se consideraba casi como un deber social. Los pequeños eran aleccionados para que no gritaran, corrieran o hablaran en voz alta (tarea difícil). Un silencio sobrecogedor que también imperaba en calles, plazas e interior de las casas. Las puertas de las viviendas eran entornadas y semicerradas en señal de luto. Las cabras y vacas que bajaban desde los pagos y montes hasta la ciudad para ofrecer leche traían las esquilas cubiertas de hierba para que los badajos no las golpeasen internamente, impidiendo su característico ruido. Recordemos que unos años antes se había terminado con otra anacrónica costumbre. El privilegio de contar con asientos reservados que poseían algunas poderosas familias. Inclusive los propios reclinatorios llevaban grabados sus nombres. Aunque, como en todo acontecimiento público, no faltó tampoco la picaresca, como revela la denuncia publicada en el semanario *Amor Sapientiae* a finales del Ochocientos: «Se nos ruega que pongamos en conocimiento del Sr. Arcipreste, que varias familias, que han llevado sillas a la Parroquia de El Salvador, con objeto de ir á las ceremonias religiosas se han quedado sin ellas»<sup>24</sup>. No obstante, a mediados del siglo XX, los lugares preeminentes ya habían dejado de existir y sólo estaban separados para las autoridades que venían acompañando la procesión. Poco a poco la férrea tradición iba dejando paso a unos procedimientos y aptitudes más flexibles de acuerdo con los modernos tiempos que se iban empezando a vivir<sup>25</sup>.

En cuanto a las noticias de 1958 referentes a esta hermandad, es preciso apuntar que la toma de hábitos volvió a efectuarse el Jueves Santo en El Salvador<sup>26</sup>. Durante la Semana Santa de 1959 se convoca una reunión de todos los hermanos con el objetivo de redactar los estatutos. Los mismos quedarán listos el 12 de junio de ese mismo año (fecha en que se agregaron unas disposiciones adicionales), siendo aprobados por el obispado el 24 de diciembre siguiente. En dicha asamblea se aprueba —asimismo— una primera junta rectora con carácter provisional, la sustitución de los velones o hachones



que llevaban los hermanos de luz por unos farolillos artesanales diseñados por José Blas Vandewalle, Enrique Guillermo Pérez García y Antonio de las Casas, portados ahora según la tradición procesional canaria (es decir, en posición vertical) y con una vara de gran longitud. Con el tiempo, estos farolillos fueron cedidos a la Cofradía de la Pasión.



Procesión del Santo Entierro. ca. 1958  
Plaza de España y calle O'Daly. Santa Cruz de La Palma  
Colección Felipe Henríquez Brito

El 1 de agosto de 1961 muere el obispo nivariense Pérez Cáceres. Entonces Ricardo Pereira Díaz es designado por el cabildo catedralicio vicario capitular. A comienzos de 1962 es nombrado prelado de la diócesis tinerfeña Luis Franco Cascón y al finalizar el año da comienzo el Concilio Vaticano II. Las conclusiones aprobadas por este congreso harán cambiar no pocos aspectos del catolicismo. Sobre esta cuestión cabe subrayar que a partir de este momento se modificará la forma de celebrar la liturgia, estableciendo un modelo más cercano entre la jerarquía eclesiástica, los fieles y el mundo. Juan XXIII —el *Papa bueno*— falleció en 1962. Su continuador, Pablo VI, fue quien finalizó el Concilio el 8 de diciembre de 1965. Los primeros años de la década de los años sesenta transcurrieron entre la ceremonia de

imposición del hábito y el *via crucis* en la mañana del Jueves Santo; y, los oficios y estación de penitencia en la tarde-noche del Viernes Santo<sup>27</sup>. Los oficios se celebraban a las tres de la tarde y en ellos la confraternidad del Santo Sepulcro se disponía a lo largo del pasillo central que dejaban los bancos laterales en la nave principal de la parroquia de El Salvador. Un acontecimiento reseñable fue la organización por la confraternidad sepulcrista de la procesión penitencial con el *Cristo de las Siete Palabras* en la madrugada del Viernes Santo. La primera salida a la calle se realizó a las 4:30 horas del Viernes Santo de 1963<sup>28</sup>. A partir de esa fecha (aunque con diferente matiz y varias interrupciones), este acto se ha llegado a consolidar como uno de los momentos más pintorescos de la Semana Santa palmera<sup>29</sup>.

En 1970 destaca la entrada como párroco de El Salvador de Manuel González Méndez. A lo largo de su carrera sacerdotal, el citado presbítero se ha manifestado como un entusiasta de las artes. En este sentido, conviene recordar que desde su incorporación fomentó la idea de sustituir el *Cristo Yacente*, obra seriada manufacturada en Olot, por una pieza de mejor calidad. Con este objetivo, consiguió un boceto en madera, datado en 1967 y de 55 cm. de largo, que había labrado el imaginero orotavense Ezequiel de León Domínguez<sup>30</sup>. Aunque la ejecución de esta obra nunca se llegó a concretar, la maqueta sí se conserva en la colección particular de González Méndez<sup>31</sup>. Poco después, la cofradía adquiere en Sevilla sendos ornamentos en metal amarillo, repujado y plateado para embellecer la cruz de guía y tres varas de plata repujada, dos de ellas coronadas con la cruz de Jerusalén, distintivo del Santo Sepulcro.

Por otra parte, es necesario subrayar que la década de los setenta y los primeros años de los ochenta fue un tiempo de cierta apatía cofrade. Así, en 1973 la Cofradía de la Pasión y más tarde la de los Siete Dolores —después de unos años inciertos— determinan su disolución. Por otra parte, en la confraternidad sepulcrista se produce una cierta relajación de las normas. Baste señalar que se permitió en sus filas la salida de personas sin haber tomado antes los hábitos. Ello se debió a que no se contaba con un número suficiente de cofrades que permitiesen de una manera digna realizar la estación de penitencia. Por esta razón y con el fin de que no desapareciese la hermandad, se optó por esta solución de carácter provisional. De estos años es necesario dejar constancia de la creación de banda de música San Miguel bajo la batuta de Julio Hernández Gómez (1975). A finales de esta década, concretamente en 1978, la Iglesia centra su atención en Roma. Tres papas se suceden: Pablo VI muere el 6 de agosto y 20 días después es elegido Juan Pablo I, el primer pontífice

con dos nombres, fallecido a los 33 días de su coronado; el Conclave eligió como sucesor al joven Juan Pablo II. En 1980 se beatifica a José de Anchieta (1534-1597) y al hermano Pedro (1626-1667). Y para cerrar esta época de incertidumbres, digamos que en 1981 se refunda la Cofradía de la Pasión (en la parroquia de San Francisco de Asís), que vuelve a salir a la calle con más esplendor que nunca.

### 2.3 | ETAPA RECIENTE: 1984-2007

Una segunda etapa de la confraternidad sepulcrista se podría iniciar a partir de 1984 tras la incorporación de la atemporal talla del *Cristo del Clavo* (1984). Esta imagen fue sufragada con fondos propios de la parroquia y otros procedentes de numerosas limosnas, muchas de ellas recogidas por los hermanos de túnica Enrique Guillermo Pérez García y Eugenio Carballo Benítez. Tuvo un coste de dos millones de pesetas. Como se indicó, la iniciativa de incorporar un nuevo yacente se debió al clérigo Manuel González. Y dado que el proyecto encargado en principio a Ezequiel de León no tuvo definición, ahora se modificó la propuesta y se pensó en otro artífice: el malagueño Francisco Palma Burgos (1918-1985), conocido como «Paco Palma». En ello tuvieron mucho que ver el matrimonio compuesto por Andrés Moreno Siles y María Gallo Molina<sup>32</sup>, Alberto Pérez Benítez y José María Gallo Moya, quienes propiciaron la aceptación del encargo.

Del autor de la señalada obra, Francisco Palma Burgos, se hablará con mayor profundidad en el siguiente capítulo. No obstante, cabe anotar la rocambolesca forma en que fue traída esta talla desde Italia, donde el maestro Palma tenía su residencia y su taller. Como por aquel entonces la legislación trasalpina ponía muchas trabas a la exportación de obras de arte, se ideó un inocente plan. De esta suerte, durante un viaje parroquial de peregrinación a Roma se consiguió traer la efigie. Para ello, en el trayecto de regreso Italia-España se guardó bien protegida tras las bolsas de equipaje en el maletero de la guagua en la que se desplazaba el grupo de feligreses. Aquí permanecía durante el día mientras se viajaba por carretera; al caer la noche —por miedo a un posible robo— pasaba a una de las habitaciones del hotel, siendo custodiada por Manuel Castro Díaz. Una sabrosa anécdota no la brinda el recuerdo de los propios peregrinos. Según se cuenta, una noche durante el proceso de traslado de la talla desde la bodega del mencionado coche de servicio público hasta la correspondiente habitación, el recepcionista de la hospedería creyendo que la escultura del *Cristo* era en realidad el cuerpo de un finado comenzó a exclamar con



Salida procesional del *Cristo del Clavo* tras su bendición. 1984  
 Abadía cisterciense de Castel Sant'Elia, Viterbo (Italia)  
 Colección Juan Luis Curbelo Pérez

evidentes síntomas de nerviosismo que en su albergue no quería muertos («il morto qui no, il morto qui no...!»). Después de varias jornadas, todos los «viajeros» llegaron a Barcelona, donde toman un avión con destino Canarias. En su primera salida procesional (1985), el *Señor Muerto* contó con la presencia de su autor, Paco Palma. Este artífice se encontraba desde unas semanas antes en La Palma, que aprovechó para rematar y policromar su talla. En poco tiempo la nueva imagen caló en la devoción local, que llegó incluso a proporcionarle un nombre distintivo, el *Cristo del Clavo*, motivado porque como rasgo peculiar la efigie conserva una tacha que une sus pies a la tierra. Asimismo, Palma había aprovechado su estancia en la capital insular para pintar al óleo el escudo de la nueva bandera de la Cofradía de los Siete Dolores, que ese mismo año se reorganizó y volvió a salir a la calle. Al unísono las andas del Cristo se enviaron a La Laguna donde fueron replataadas por el establecimiento comercial *Joyería y Platería Guzmán*; y más tarde, una vez que fueron devueltas se le practicaron algunos arreglos por Alfredo Hernández San Juan, Antonio Pablo Pérez Concepción, Antonio Hernández Ferraz y Jorge Antonio Rodríguez Pérez con lo que adaptaron a la imagen recién arriba a Santa Cruz de La Palma que contaba con dos metros aproximados de longitud y alrededor de 90 kilogramos de peso.

A partir de la incorporación de la nueva imagen, la hermandad sepulcrista adquiere una renovada ilusión y aumenta su espíritu cofrade. En 1986, tras la llegada del sacerdote Manuel R. Lorenzo Rodríguez a la parroquia de El Salvador, la cofradía se transformó. Así es preciso dejar constancia que se nombró una nueva junta directiva y se procuró un tono más serio en el compromiso de sus miembros<sup>33</sup>. Un año después se remozaron los viejos estatutos y se enviaron a la sede episcopal para su aprobación formal. Desde 1984 se hallaba al frente de la diócesis nivariense el aragonés Damián Igucaen Borau. Uno los objetivos que se marcó este mitrado en su trabajo pastoral fue la actualización de las normas internas de las confraternidades de seglares. Por esta razón la Cofradía del Santo Sepulcro tuvo que rescribir sus directrices de funcionamiento ordinario las cuales eran anteriores al Concilio Vaticano II<sup>34</sup>.

En 1991 y a lo largo de los siguientes años, bajo el cuidado del hermano Miguel Camacho Pérez, la cofradía salió a la calle el Lunes Santo acompañando al *Señor del Perdón*. Con este fin se crea una nueva insignia, el *Estandarte*. En junio de 1991, es nombrado como obispo Felipe Fernández García, que sustituye por jubilación a Iguacen. Hasta mediados de los noventa, la hermandad se mantiene con una vida



Bendición del *Cristo del Clavo*. 1984  
Abadía cisterciense de Castel Sant'Elia, Viterbo (Italia)  
Colección Juan Luis Curbelo Pérez

mínima pero comprometida, cumple con los cultos, hace reunión mensual y organiza una comida de hermandad de periodicidad anual.

Esta época y más concretamente la comprendida entre 1985 y 1995, puede catalogarse como la de los años dorados del mundo cofrade en Santa Cruz de La Palma. Durante este marco cronológico, la Semana Santa capitalina conoce el nacimiento o resurgir de hasta ocho cofradías: la Caída (1984); los Siete Dolores (1985); la Verónica y el Crucificado (1986); el Santo Encuentro y los cargadores de Nuestro Señor del Huerto (1987); Cristo Preso y las Lágrimas de San Pedro (1991); Nuestra Señora de la Esperanza (1992); y Nuestra Señora de los Dolores (1995). Todo ello desemboca en una mayor afluencia de público que contempla las procesiones<sup>35</sup>.

A finales de esta última década, la confraternidad sepulcrista vuelve a entrar en un período de crisis, que aumentará con los años (quizás motivado tanto por dejar de ser en la práctica la única hermandad de «capuchinos», como por puras razones sociales). Durante este tiempo, las ausencias y bajas serán mucho más numerosas que los ingresos. Así se mantuvo hasta el Viernes Santo de 2005, en que sólo llegó a figurar en el cortejo una decena de hermanos. Este hecho despertó el inquietud de varios miembros y en el mes julio posterior comienza a reorganizarse. Sobre esta cuestión conviene advertir que, entre 2006 y 2007, la hermandad sepulcrista ha forjado un camino esperanzador para su futuro. Entre los frutos conseguidos se puede desglosar el inicio de un triduo en honor a su imagen titular (que se inicia el segundo viernes de cuaresma); la incorporación de nuevas insignias (faroles de guía, incensarios, naveta, cruz de guía o la bandera de la antigua ceremonia de «La Seña» para la estación de penitencia); la publicación de una revista informativa bajo el rótulo *Suspiros de aliento*, con el objetivo de fomentar el espíritu cofrade; la recuperación para nuestras procesiones de Semana Santa de los tradicionales acólitos, ahora como miembros plenos de la Cofradía (grupo joven); la adquisición de nuevas imágenes, como un arcángel *San Gabriel* ejecutado por Cayetano Herrera; y la elaboración de un programa de actos para festejar su cincuentenario (2007)<sup>36</sup>.

### 3 | LA PROCESIÓN

#### 3.1 | IMÁGENES

En la actualidad todas las imágenes que conforman el cortejo del Santo Entierro salen desde sus respectivas sedes para confluir en la iglesia matriz, templo desde el

que comienza la Magna Procesión del Entierro de Cristo. El orden es como sigue. Primero figura el joven *San Juan*; a continuación, los *Santos Varones*, José de Arimatea y Nicodemo; después *María Magdalena*, que llega poco antes de la parroquia de San Francisco; el *Señor Muertito*<sup>37</sup>; y cerrando la *Virgen*. El recorrido se inicia saliendo por la puerta trasera de El Salvador (calle Pérez Volcán), sigue por la avenida El Puente, Álvarez de Abreu, Lemus, O'Daly, plaza de España, Pérez de Brito, Garachico, Vandale, Pérez Volcán, El Puente, O'Daly y entrada por la puerta principal. A continuación, se realiza la solemne ceremonia del entierro, llevada a cabo por hermanos del Santo Sepulcro.

Una somera panorámica de la imaginería que conforma el cortejo fúnebre del Santo Entierro deja entrever, por orden de aparición en el desfile, a *San Juan Evangelista*, talla del gran canario Manuel Hernández García (1802-1871), apodado «El Morenito»; los *Santos Varones*, obras del recordado sacerdote Manuel Díaz (1774-1863) y que hasta 1977 salían en andas independientes, pero que a partir de esta fecha procesionan en una misma base<sup>38</sup>; la *Magdalena*, una delicada imagen procedente del arte de Fernando Estévez (1788-1854); el *Cristo del Clavo*, sobre cuya efigie se articula la procesión y cuyos pormenores se analizarán en el siguiente capítulo por ser la imagen titular de esta corporación cristiana; y la *Dolorosa*, conocida popularmente como «La Magna», de Fernando Estévez, que lo hace este día entronizada en las de estilo rococó del *Nazareno*. Las tallas de la procesión del entierro en Santa Cruz de La Palma han variado con frecuencia. Además, estas modificaciones han afectado a sus residencias canónicas. Primeramente, fue el antiguo convento de la Orden de Predicadores de San Miguel de las Victorias y desde 1912, la iglesia matriz de El Salvador.

Una vez que ha concluido el tránsito del cortejo fúnebre por las vías capitalinas y se ha celebrado la ceremonia del entierro (que se describirá más abajo), se lleva a cabo la denominada *procesión de la Soledad* o *del Retiro*. Participan actualmente en ella los tronos de la *Dolorosa*, de *San Juan* y de los *Santos Varones*, que son devueltos en el más riguroso silencio (en sus primeros tiempos se rezaba el Rosario; y desde 1952 hasta fecha reciente tomó parte la banda de música) a la iglesia de Santo Domingo. La *Magdalena* lo hará en dirección a San Francisco. En otros tiempos, esta procesión daba comienzo cuando finalizaba el canto de tinieblas y *Miserere*. En dichos templos aguardarán hasta el próximo año, en el que el pueblo, orgulloso de sus tradiciones, volverá a presenciar emocionado otro de sus importantes eventos, que desde tiempo inmemorial ha marcado su devenir y su devoción.



Procesión del Santo Entierro. 1958  
Calle O'Daly de Santa Cruz de La Palma  
Archivo Adolfo Ayut

### 3.2 | EL CORTEJO PROCESIONAL

En los desfiles procesionales de la isla de La Palma existe una organización básica que se ha mantenido intacta a lo largo de la historia. La estructura que se repite en numerosos puntos de la geografía insular sigue —normalmente— un mismo patrón. En primer lugar, aparecen los clásicos estandartes abriendo el desfile. Los mismos hacen referencia expresa a cada una de las procesiones; es decir, el estandarte del Santísimo en el *Corpus Christi*, el de la Virgen en las manifestaciones marianas, o el alusivo a algún santo el día de su festividad. Cada uno de ellos puede estar o no escoltado por un par de luminarias. A continuación debe figurar la cruz parroquial, siempre que la procesión parta de un templo principal. En este último caso, iría flanqueada por sus correspondientes ciriales. Más adelante se dispone alguna hermandad (cuando la haya) ordenada en dos filas paralelas. Por último, se puede



admirar la imagen en unas andas que se cargan exteriormente y al hombro. Con frecuencia las efigies sagradas (especialmente las marianas) son escoltadas por cuatro o seis faroles. Cierra el cortejo la presidencia, compuesta por los clérigos y, excepcionalmente, por otras representaciones. En general, las insignias procesionales son portadas por monaguillos, acólitos y, en su defecto, por algún cofrade.

Como decimos, este orden se ha conservado desde tiempo inmemorial. De esta manera, algunas de las actuales hermandades penitenciales de Santa Cruz de La Palma de forma muy acertada han continuado este ancestral rito. Buenos ejemplos —que nos acercan a nuestra rica tradición— son las confraternidades de La Pasión, el Crucificado y Vera Cruz, Santo Encuentro y La Piedad. Todas ellas inician su desfile con uno o varios estandartes alusivos a su titular, naturaleza o sede. Como insignias sagradas, con frecuencia aparecen escoltadas por luces. A continuación, se dis-



Paso procesional de los *Santos Varones*  
2006. Calle Álvarez de Abreu  
Archivo de la Cofradía del Santo Sepulcro

pone la cruz de la hermandad y el resto de sus miembros. Además, casi todas estas congregaciones han sabido mantener el elegante farolillo procesional al estilo canario (una lamparilla en posición vertical sustentada por una vara). Curiosamente, todo esto ha dado lugar a que las cofradías locales enumeradas con anterioridad hayan logrado conformar, de alguna manera, una estética privativa de la Semana Mayor en la capital palmera, que la distingue de cualquier otra en Canarias que realice su estación de penitencia.

A diferencia de ellas (y por influencia andaluza), la Cofradía del Santo Sepulcro abre su cortejo con una cruz de guía flanqueada por dos faroles. Hasta 2005 lo efectuaba con ciriales de la parroquia, pero a partir de esta fecha lo realiza con unos luminarias propias labradas en el taller de orfebrería de Antonio Santos-Rodríguez Campanario (Sevilla); sigue el estandarte que confeccionó entre 1990 y 1991 la bordadora Silvestra Hernández Alonso (Monte Breña, Villa de Mazo); y los hermanos de fila en formación de a dos con farolillos que pueden ser de mano o vara; en una hilera al medio (e intercalados en los espacios que dejan cada una de las filas laterales) se dispone una nueva sucesión con los «hermanos de disciplina» que, descalzos y arrastrando unas cadenas atadas a sus tobillos, portan insignias alusivas a la pasión y muerte del Señor (cartel, cojines, etc.). Entre estas es necesario enumerar una bandera que imita la que se utilizaba en la antigua ceremonia de «La Señá» y que se tremolaba en el altar mayor de El Salvador. Precediendo el paso del Cristo, dos hermanos de túnica y un cuerpo de acólitos en funciones de turiferarios los primeros y auxiliares los segundos, vestidos estos últimos con sotana negra y roquete blanco. El Señor Difunto es llevado por los hermanos de paso (sección recogida en los estatutos de 1959, que aún no se ha integrado en el seno de la confraternidad) en traje oscuro. Tras el *Cristo del Clavo* se coloca la presidencia, formada por el director espiritual y, en su defecto, otro clérigo, el hermano mayor y algún miembro de la junta de gobierno.

Sin embargo, la procesión del Santo Entierro es más extensa. Por este motivo, es preciso indicar que el cortejo lo abre una serie de estandartes e insignias de las distintas cofradías y parroquias de la ciudad. Hasta hace unos años también participaban la cruz parroquial de Las Nieves (desde 1960) y cruces y ciriales de otros templos y ermitas de la capital. Lamentablemente, en la actualidad sólo las de El Salvador y San Francisco participan en ella. Hasta principios de la década de los noventa, el *Señor Difunto* y la *Virgen Dolorosa* eran custodiados por miembros de la Guardia Civil y escuadra de gastadores del Ejército respectivamente. Dichos milita-

res desfilaban, por tratarse del Santo Entierro, a la funerala, es decir, gorra con el barbuquejo abierto y caída sobre la espalda, bocacha al suelo y arma colgada al frente sobre el brazo derecho que la abraza cogiendo con la mano derecha la hebilla del cinturón, paso mantenido, con piernas rectas y puntera al frente. Las autoridades se colocaban tras la imagen de la *Virgen*. Iban, por orden, la máxima representación del clero y, a continuación, del gobierno civil y militar. Sigue un acompañamiento musical, que desde 1975 es la Banda de Música San Miguel. Las piezas que se interpretan son específicas de este desfile: *Amor eterno*, de Alejandro Henríquez Brito; *Recuerdo a los muertos*, de Francisco González Ferrara; *España Lloro*, de Alejandro Contreras; *Esperanza*, de Tomás Padrón; *El héroe muerto* (1929) y *Estaba escrito o Mektub* (1925), ambas de Mariano San Miguel.

La nota más característica de la procesión estribaba en su carácter serio, respetuoso y muy concurrido<sup>39</sup>. Participan todas las cofradías de El Salvador: Cofradía del Santo Sepulcro, Hermandad de los Siete Dolores, Cofradía del Santo Encuentro, del Cristo Preso y las Lágrimas de San Pedro y Hermandad de Nuestra Señora de la Esperanza; de la vecina feligresía «franciscana», la cofradía de cargadores de Nuestro Señor del Huerto, y, desde 2003, la Cofradía de la Piedad. El cuadro resulta sobrecogedor. Todos los participantes avanzan majestuosamente entre la multitud expectante. El único sonido que se percibe es el de las cadenas que son arrastradas sobre los adoquines por numerosos «capuchinos» descalzos que portan estandartes, cruces o faroles. El tránsito de niños en la avenida El Puente, ya abarrotada de público que espera la salida de la procesión, se paraliza y se silencia inmediatamente una vez que aparece la primera insignia. Si se cerrasen los ojos en esos precisos instantes, podría pensarse que no hay nadie más en esa zona de la ciudad. Cuando se abren, no se puede dar crédito: el silencio es ensordecedor. La procesión comienza. El tiempo se detiene.

#### 4 | LITURGIA Y CULTOS

##### 4.1 | MISAS, *VIA CRUCIS* Y TOMA DE HÁBITO

Llegados a este punto, conviene reseñar que aunque el principal motivo por el que se crea la Cofradía del Santo Sepulcro se centra en el acompañamiento de Cristo Muerto durante el cortejo del Viernes Santo, la vida cofrade no queda aquí. Si así fuera, la confraternidad sepulcrista no sería más que el elenco de actores de una





representación teatral. Por este motivo, desde sus primeras normas estatutarias existe el compromiso de organizar una serie de cultos, tanto externos como internos, durante todo el año con el objetivo de profundizar en la fe.

Desde su fundación en 1957, la Cofradía del Santo Sepulcro se halla muy relacionada con el ejercicio del *Via Crucis*. Durante los primeros años se realizó en la mañana del Jueves Santo en el interior del templo principal. Más tarde, pasó a efectuarse con el *Señor de las Siete Palabras* en la madrugada del Viernes Santo transitando por algunas calles pertenecientes a la feligresía y parando para rezar las pertinentes catorce estaciones en diversos puntos urbanos. En un principio era escoltada sólo por la confraternidad del Santo Entierro y, en hoy en día, por el resto de hermandades penitenciales de la parroquia en orden según su antigüedad (desde la sepulcrista por ser la titular de esta ceremonia y que carga de forma directa la escultura del *Crucificado* en posición horizontal, hasta las cofradías más recientes que abren el cortejo). A las 7:00 horas comienza este acto público de carácter penitencial, en el que priman el silencio y la oración. La lectura de la primera estación se pronuncia en el altar mayor y el resto se sucede por la plaza de España, calle Pérez de Brito, avenida El Puente, calles Álvarez de Abreu, Blas Simón, O'Daly y regreso de nuevo por la plaza principal. Una vez dentro, se corona el *Via Crucis* con la lectura de la decimocuarta estación y unas breves palabras del director espiritual.

En párrafos anteriores se ha mencionado la toma de hábitos de los aspirantes a hermanos del Santo Sepulcro. En su origen se efectuaba en la mañana del Jueves Santo. Con posterioridad, se ha organizado en diferentes fechas, aunque en mayor medida en alguna de las jornadas previas al Viernes Santo. En 1961, a un lustro de su fundación, la junta de gobierno del Santo Sepulcro publicaba en *Diario de avisos* un recordatorio en el que se hacía mención a este efeméride y de la que se apuntaba que:

cuando a las once de la mañana los «capuchinos», como popularmente de se les llama, desciendan por las gradas del presbiterio del Altar Mayor de nuestra querida parroquia matriz del Salvador, vistiendo capirote y capa negra, cruz latina roja con una corona de espinas superpuesta que cae sobre el pecho y túnica blanca habrá cumplido cinco años de existencia al servicio de Dios.

Como en años anteriores, comenzará la ceremonia de la toma de hábitos de los nuevos cofrades, acto sencillo; pero de gran significación que impresiona y nos hace pensar en el amor la obediencia y el sacrificio que prometemos a Dios<sup>40</sup>.

La toma de hábitos consiste en la celebración de una misa con un paréntesis para efectuar la ceremonia. En ese momento, el director espiritual (o, en su defecto, otro sacerdote) bendice los ropajes que se encuentran doblados en los brazos de cada uno de los nuevos cofrades, puestos en pie. Seguidamente, por cada aspirante un hermano de túnica se coloca a su frente para auxiliarlos a revestirse: primero el alba, después el cingulo, la capa, los guantes y, por último, la medalla (que contiene la leyenda «Vida para servir y muerte para resucitar en Cristo»). La capucha sin el capirote se deja sobre el brazo. El protocolario acto se cierra con un entrañable abrazo entre ambos hermanos.

Asimismo, se celebra una eucaristía en honor al *Señor del Clavo* cada 14 de septiembre (día de la Exaltación de la Santa Cruz)<sup>41</sup> y otras en sufragio de los hermanos que han fallecido en el transcurso del año. Aparte de estas misas, desde 2005 se propuso por el director espiritual, Manuel R. Lorenzo Rodríguez, un nuevo calendario de cultos. Su principal novedad fue la introducción, en el segundo viernes de Cuaresma, de un solemne triduo en honor de la imagen del *Cristo del Clavo*. Con la instauración de estas tres jornadas se pretende lograr un mayor ahondamiento espiritual de los hermanos cofrades, poniendo de relieve la pasión y muerte de Cristo. Dentro de estas fechas, destacan la celebración en el segundo día del triduo de un *Via Crucis* en el interior del recinto sacro y de un besapiés en el último.

#### 4.2 | LA CEREMONIA DEL SANTO ENTIERRO

Quizás uno de los momentos más emotivos del Viernes Santo sea el rito del Entierro de Cristo. La ceremonia se inicia cuando la cruz de guía del Santo Sepulcro alcanza la puerta principal del templo matriz. Una vez que esta insignia llega hasta aquí hace un alto, los cofrades se disponen en dos filas (se elimina la central) y se giran al centro, formando de esta manera un pasillo por el que transita el Señor Muerto en sus andas. Este pasillo comprende aproximadamente el espacio que existe entre el monumento del padre Díaz y la expresada puerta. Todo sucede mientras suena la marcha procesional *Amor eterno* a cargo de la banda de música.

Una vez la imagen entra en la iglesia, es colocada bajo la capilla del Cristo de los Mulatos; la cofradía realiza su entrada y sus miembros se emplazan muy próximos a la talla, en la nave de la Epístola, a doble fila. Todo está preparado para comenzar la ceremonia. Mientras esto sucede, el resto del cortejo y numerosos fieles entran en el templo, dejándolo abarrotado. En ese momento el interior de la parroquia se

encuentra cubierto por un velo de incienso. El resto de los pasos se sitúan en la nave del Evangelio: *San Juan* y «La Magna», en la capilla de San Juan Bautista; los *Santos Varones* y *María Magdalena*, junto al retablo de la Virgen Milagrosa. Las autoridades y cofradías en sus sitios reservados. Con el permiso de la autoridad que preside, el hermano mayordomo del Santo Sepulcro —con dos toques de vara sobre la fría losa— da la señal. El entierro de Cristo se va a consumir.



Desde el coro bajo se oye la marcha fúnebre de Chopin, interpretada por la Banda de Música San Miguel. En cierta ocasión sonó el *Stabat Mater* de Rossini, interpretado por la soprano Mariola Francisco de las Casas. Al unísono dos de los hermanos de paso suben a las andas y bajan el cuerpo inerte de Jesús hasta las manos de cinco hermanos de túnica que a hombros lo transportarán hasta el altar mayor. Es tradición que este grupo de porteadores siempre se encuentre conformado entre otros por los miembros que en ese año hayan ingresado en la confraternidad sepulcrista. En cada una de las esquinas que forman el intramuros del recinto sacro realizan una breve parada que recuerdan los cuatro puntos cardinales. El sonido de las cadenas, el olor a incienso, el ambiente espeso, la delicadeza en cada movimiento y el sonido de la citada marcha fúnebre convierten el acto en una de las ceremonias de mayor carga dramática de cuantas se suceden en la Semana Santa.



El cortejo llega al altar mayor, la cruz de guía y sus faroles presiden el acto, el estandarte a un lado y la bandera al otro, los demás cofrades forman una U. El cuerpo de Cristo es colocado sobre la mesa del altar limpia de telas, dos cofrades turiferarios lo untan de incienso. Lo mismo hacen con el cajón donde se depositará. En este instante, la marcha fúnebre se detiene y se interpreta el motete *Jerusalem*. Con posterioridad, vuelve a sonar la marcha fúnebre y los cinco hermanos de túnica ele-



gidos para esta ceremonia toman de nuevo la efigie del Yacente depositada en el altar y la introducen con cuidado dentro del cajón (a modo de Santo Sepulcro). Se iniciaba entonces la calmosa subida y lenta bajada de la efigie hasta tres veces: cada vez más alto sobre el efímero sarcófago, mientras era girado y enseñado al pueblo, y cada vez más profundamente en su interior. La ceremonia llega a su punto álgido cuando la imagen del Cristo es depositada en el fondo de la caja y, con ciertos efectos escenográficos, se tapa la cubierta del sepulcro de un golpe seco, con estrépito, acción que se hace coincidir con un apagón generalizado de las luces del templo. Un instante cargado de intensa emoción que arranca aún un grito de susto y sobresalto a la atenta y excitada concurrencia, sobre todo de los pequeños. Nadie podía quedar impasible y alguna que otra lágrima resbala de los impresionados ojos. Sucede esto incluso al que conoce el rito y lo espera. Se produce un general sobrecojimiento

mientras se enciende una tenue luz y los testigos mudos de la ceremonia comienzan a abandonar el recinto sacro en el silencio más absoluto. Cristo ya está enterrado.

En lo antiguo, este piadoso acto se efectuaba en la capilla del Carmen, en la que un par de días antes se montaba el monumento eucarístico. Una vez que la procesión finalizaba, eran algunos clérigos los que oficializaban la ceremonia del entierro. Así se mantuvo hasta que en 1947 se trasladó el sepulcro al altar mayor, ya que resultaba insuficiente aquella capilla. Los sacerdotes continuaron oficiando la ceremonia del Enterramiento durante algunas décadas más, pero debido al considerable peso del *Cristo del Clavo* a partir de la segunda mitad de la década de los '80 transfirieron este cometido a los hermanos del Santo Sepulcro.

#### 4.3 | ORACIONES

Considerada por la tradición interna de la confraternidad como una oración propia, su contenido es transmitido de manera oral de un hermano a otro. El texto de dicha oración es como sigue:

Cristo Yacente, ten piedad,  
 porque de tu Santa Muerte  
 mis pecados son la culpa.  
 Para tu Santa Muerte  
 hundiéronte clavos mis pecados,  
 Clavos de pies y manos,  
 y si tu costado traspasaron,  
 fue para ver que se viera  
 hasta donde tu amor  
 nos habías dado.

Cristo Yacente, ten piedad,  
 porque tu Santa Muerte  
 vida a mi vida ha dado,  
 porque tu Santa Muerte  
 me libertará, si yo quiero,  
 de todo pecado.

Y ten piedad de hijo tan ingrato,  
 pues viéndote así morir,  
 de tanto amar sin ser amado,  
 aún no he cambiado.

La Cofradía cuenta —además— con otras oraciones que no le son propias, como la que reza por el interior del templo matriz durante el segundo día del triduo y que se trasladó de un *Via Crucis* que organizó el Consejo Local de Hermandades y Cofradías de Cádiz en el año 2006, protagonizado por la imagen del *Cristo Yacente* de la Real Cofradía de María Santísima de la Soledad y Entierro de Cristo, fundada en el siglo XVI.

## 5 | ENSERES Y OBJETOS DE CULTO

### 5.1 | ORFEBRERÍA

*Base de plata de Nuestro Señor Muerto.* En 1957 la procesión del Santo Entierro estrenó el «trono» del Cristo Difunto. El año anterior se había perfilado la idea de otorgarles una mayor relevancia a las andas del *Señor Muertito*. Hasta esa fecha desfilaba en unas parihuelas muy sencillas formadas por un tablón de unos 300 x 150 cm. aproximadamente, liso y que imitaba el mármol. Como se ya se indicó, Enrique Guillermo Pérez García y Manuel Sosvilla Massieu fueron quienes tomaron la iniciativa, que alcanzaba un costo de 12 000 pesetas. El encargo se realizó al maestro César Fernández Molina, quien disponía de un taller en San Cristóbal de La Laguna. Con este fin se organizó una suscripción popular. Aunque el comerciante y empresario Aurelio Feliciano Pérez (1904-1994) contribuyó con 6 000 pesetas, el resto del montante resultó difícil de conseguir. Por fortuna, llegaron nuevos donativos y las deseadas andas pudieron ser adquiridas. Se trata de una base forjada en metal amarillo, repujado y plateado.

*Ornamentos de la cruz de guía y báculos.* Durante el ejercicio parroquial de Manuel González Méndez se adquirieron al orfebre sevillano de Antonio Santos-Rodríguez Campanario unas cantoneras, cartela con la cruz de Jerusalén grabada en el interior, potencia e INRI para la vieja cruz de guía y tres báculos o varas, con una galleta repujada y coronada también por la cruz sepulcrista en uno de sus extremos. Los mismos fueron comprados a finales de los setenta y obsequiados por los hermanos Eugenio Carballo Benítez, José Emilio Henríquez Tabares y Blas Vicente de Paz Hernández, entre otros.

*Últimas insignias incorporadas.* A lo largo de estas líneas se ha observado cómo a partir de 2005 la Cofradía del Santo Sepulcro cobra un nuevo matiz, renovando ilusiones y embarcándose en algunos proyectos. Entre estas últimas iniciativas, se hace necesario subrayar la incorporación a su patrimonio de varias insignias con el objetivo de dotar a la confraternidad con todos elementos necesarios para la salida procesional: dos faroles de guía donados por los hermanos Martín Díaz; un incensario y naveta cedido por Antonio Pablo Pérez Concepción; otro incensario regalado por Víctor Manuel Rodríguez Riverol y Gonzalo Bodas Rodríguez; dos varas entregadas por Andrés A. Martín Díaz; y un porta incensario que compró la propia confraternidad. Dichos enseres se bendijeron el viernes 17 de marzo de 2006 durante la celebración del primer triduo. En 2007 se han donado un asta de 3 metros de largo para la bandera, en metal amarillo, repujado y plateado, y dos cogidas para la cruz de guía en el mismo material, donativos de los hermanos Martín Díaz. Toda esta obra procede del establecimiento platero del mencionado artífice Santos-Rodríguez Campanario.

## 5.2 | BORDADOS

*Estandarte.* Poco antes del inicio de la Semana Santa de 1991, la Cofradía del Santo Sepulcro solicitó al párroco de El Salvador crear una nueva confraternidad (con distinto hábito pero con los mismos hermanos) para salir acompañando al misterio de la Negación de San Pedro el Lunes Santo, dado que dicha procesión había notado una considerable reducción en la afluencia de fieles. Sin embargo, fue el propio clérigo quien propuso que fuese la misma congregación sepulcrista con su mismo hábito la que saliese ese día. Es así como se decidió procesionar en Lunes Santo, aunque para diferenciar ese cortejo con el del viernes se tomó la decisión de salir a las calles abriendo el desfile con un estandarte. Esta fue la razón por la que se incorporó esta insignia y por este motivo se compone de dos caras: una bordada sobre raso beig para procesionar el Lunes Santo y la otra sobre raso rojo para el Viernes Santo. El diseño del bordado sobre el raso beig surgió de una adaptación de una de *las Doce promesas* representadas en los estandartes que procesionaban antaño con la imagen del Sagrado Corazón de Jesús. Estos estandartes se encontraban por aquel entonces guardados en un armario junto a los enseres y ornamentos de la cofradía en el coro alto de El Salvador. Para el lado de tono claro se eligió entre ellos el más acorde a la naturaleza de la cofradía, que se copió, y para el encarnado uno más sencillo y austero (ideado por los propios miembros de esta corporación). A continuación, se procedió a signar la tela, tarea que fue ejecutada por el artesano Felipe

Henríquez Brito en su taller de la calle Álvarez de Abreu. Una vez signados, los lienzos pasaron a ser bordados por la esmerada artesana de Villa de Mazo Silvestra Hernández Alonso (1911-2006), que en aquel entonces contaba con 81 años. Finalmente, el estandarte se montó por Nieves Rosa Dorca Arrocha y fue estrenado el Lunes Santo de 1991. Como nota anecdótica se puede dejar constancia que contiene un error en su lema pues allí se afirma que la Cofradía del Santo Sepulcro se creó en 1958.



*(En las pp. 352-353:)* Paso del *Cristo del Clavo*. 2004  
Calle Pérez Volcán. Archivo La Palma Virtual

Cofrade portando farol de guía. 2006  
Archivo de la Cofradía del Santo Sepulcro

*Mantos de culto.* Desde finales de la década de los ochenta comenzó a valorarse la posibilidad de realizar un triduo anual dedicado al Cristo Yacente. En 2005, después de un amplio período de desidia cofrade se decidió retomar la idea. En una reunión celebrada el 26 de julio en la sala capitular del templo matriz, se aprobó la plasmación de dicha ceremonia. En su configuración se siguió el ejemplo de otras cofradías del Entierro peninsulares. Básicamente, dicho rito consiste en realizar tres días de culto en honor y gloria a su titular. Los actos incluyen, además, la realización de un *Via Crucis* por el interior del templo y un besapiés a la imagen. Con este fin se deter-



Cruz y faroles de guía. 2006  
 Archivo de la Cofradía del Santo Sepulcro

minó sacar la talla del *Cristo del Clavo* de su vitrina y exponerla sobre una mesa durante las fechas en que se llevara a cabo el triduo. Nació, así, la idea de confeccionar unos mantos de culto para cubrir la vitrina una vez quedase vacía y vestir la base en la que se depositase el Señor Muerto. Diversas circunstancias condujeron a que la labor se encargase a la bordadora gaditana Dolores González Fuentes, a quien en el mes de noviembre siguiente se le comenta la idea y se le solicita un boceto a tamaño real y su correspondiente presupuesto. En el mes de diciembre el boceto está

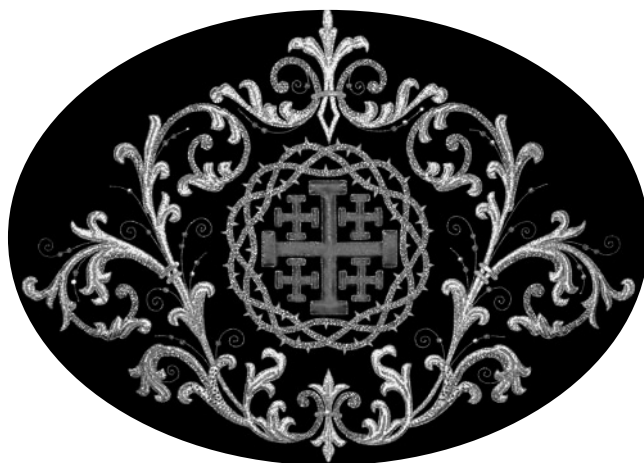
listo, con un presupuesto que asciende a 1 400 euros. A comienzos de 2006 se aprobó su adquisición, sufragando su importe los hermanos de túnica Ignacio Capote Alcocer, Emmanuel Martín Díaz, José Ramón Rodríguez Sánchez, David Hernández Ferraz, Segundo de Paz Hernández, Jaime Dorca Arrocha, Antonio Ramos Cabrera y Andrés A. Martín Díaz. El estilo del bordado es sevillano, sigue un diseño de Juan Ignacio Guerrero Pérez, (marido de la expresada bordadora) y su hechura contó con la colaboración de Margarita Aleu Pérez. El paño que cubre la vitrina (el más trabajado) tiene la medida exacta del frontal (un metro de caída por



Cofrade inciensando al *Cristo del Clavo*. 2006  
 Archivo de la Cofradía del Santo Sepulcro

tres de ancho). Está realizado sobre terciopelo negro y lleva en el centro la corona de espinas con las cinco cruces, enmarcadas todas con un motivo floral. El manto que cuelga de la base donde queda expuesta la efigie del Señor Difunto mide tres por cuatro metros y en su ornamentación es mucho más sencillo. Estos mantos de culto se bendijeron el viernes 17 de marzo de 2006, en el primer triduo que organizó la Cofradía del Santo Sepulcro.

*Bandera.* En los primeros cortejos del Santo Sepulcro desfilaba una pequeña bandera de raso negro con el emblema de la confraternidad superpuesta a la tela. Con posterioridad esta bandera fue sustituida por otra en sintonía con los colores del hábito (fondo de raso blanco con cinco cruces potenziadas en fieltro rojo). Debido a su deterioro y a la imposibilidad de sacar esta insignia a la calle, la cofradía espigó entre los ancestrales símbolos de la Semana Mayor palmera y se propuso rescatar la antigua bandera que era utilizada en la ceremonia de «La Señá». Con el impulso del herma-



no Andrés A. Martín Díaz, se decide recuperar esta insignia y reconstruir su iconografía a través de las fuentes orales. Asimismo, para hacer propia dicha enseña se optó por bordar en su centro una corona de espinas que contuviese en su interior la cruz patriarcal de Jerusalén. El trabajo se encargó a la mencionada Dolores González Fuentes, colaborando en su patrocinio los hermanos de túnica Ignacio Capote Alcocer, José Ramón Rodríguez Sánchez, Segundo de Paz Hernández, Francisco Alfonso Lorenzo Concepción y el propio Andrés A. Martín. La nueva bandera mide 140 x 180 cm., es de color negro, y se encuentra confeccionada en terciopelo negro con una cruz latina sobrepuesta que la cuartela en raso rojo de 20 cm. de ancho. En el cruce de sus brazos lleva sobrepuesta una corona de espinas y las cinco cruces potenziadas, hechas en tela de tisú rojo. Fue bendecida el domingo 11 de marzo de



2007, durante la tercera jornada del solemne triduo junto a la restaurada cruz de guía y una imagen del arcángel San Gabriel (50 cm.) tallada en madera de cedro, estofada y policromada por el imaginero gaditano Cayetano Herrera Caballero.

## 6 | PROYECTOS

Como toda asociación de fieles surgida dentro de la Iglesia, la Cofradía del Santo Sepulcro intenta mantener una actividad constante para conservar su espíritu vivo. Aparte de los objetivos intrínsecos de formación y caridad que le son propios, también cuenta con otra serie de iniciativas en pos de magnificar la Semana Santa capitalina, dirigidas sobre todo a lograr un mayor alcance y significado del mensaje de Jesucristo. Por este motivo, la hermandad sepulcrista de Santa Cruz de La Palma se ha planteado la realización de una serie de objetivos para el futuro.

Acercas de esta cuestión, es preciso mencionar que desde el verano de 2005 (contando con una nueva junta de gobierno y el impulso de algunos hermanos), la confraternidad se plantea embarcarse en varios proyectos. Algunos de ellos, como se ha descrito en las páginas precedentes, ya han sido coronados (la adquisición de nuevas insignias, la fijación del triduo o la conmemoración de las bodas de oro). Otros, como la siempre difícil tarea de incorporar nuevos miembros o recuperar viejos cofrades, no podrá cerrarse nunca. Y, por último, quedaría por exponer la meta más costosa: dotarse de una unidad cultural, organizativa y referencial estableciéndose con todas sus imágenes. La idea es que cada uno de los pasos que realiza estación de penitencia el Viernes Santo lo efectúe en esa única salida. En primer lugar, se pretenden restaurar las andas del *Señor*, incorporando unas nuevas cuelgas de terciopelo. Además, se quiere componer un paso alusivo a las *Tres Marías* y sumar una nueva talla de la *Virgen Dolorosa* y otra de *San Juan Evangelista* para la salida procesional; como colofón, la adición de tres tallas de los arcángeles Miguel, Rafael y Gabriel para los cultos del triduo anual.

Entrando en detalle, es preciso reseñar el estado de deterioro en que se encuentran las andas del *Señor Muerto*. Por esta razón, se pretende su restauración. La idea inicial partió del cofrade Andrés A. Martín Díaz. En líneas generales, este proyecto consiste en integrar en una nueva base de madera la talla de doce cartelas en metal (con el dibujo de los diferentes pasos de misterio que lucen en nuestra Semana Santa). Una vez terminada, se le acoplarán cuatro varales que serán portados por diez y seis hermanos de paso. Sobre esta nueva base se colocará la que labró en metal amarillo, repujado y pla-



Paso procesional de *La Magna*. 2006  
Avenida El Puente de Santa Cruz de La Palma  
Archivo La Palma Virtual

teado el orfebre César Fernández Molina y sobre ella la imagen del Cristo Yacente. Las cuelgas —por ser un paso fúnebre— serán de corte recto y con escasos adornos y galones. El proyecto se halla en manos del licenciado Domingo José Cabrera Benítez.

El paso procesional de las *Tres Marías* o *Santas Mujeres* —como se ya se indicó en otro capítulo de este libro— no es una idea reciente. Todavía se conserva el recuerdo de la iniciativa emprendida a comienzos de la década de los cuarenta del siglo XX con el objetivo de conformar una andas bajo esta iconografía. Incluso, según afirman distintas fuentes orales, alguna de las santas mujeres llegó a salir a la calle en Viernes Santo. Tampoco se debe olvidar el hecho de que las Marías figuraron en la procesión del Santo Entierro de Santa Cruz de La Palma durante bastantes décadas de los siglos XVII y XVIII. Pero dejando al margen los antecedentes, es necesario subrayar que en 2007, Fernando Leopold Prats ha donado a la cofradía un busto bastante deteriorado de una antigua talla de Pasión. Por sus afinidades estéticas se podría relacionar con el escultor y pintor Domingo Sánchez Carmona (1702-1768). Se trata de una efigie de elevada calidad artística, y que formaba conjunto con los bustos de la Virgen de la Soledad y la Magdalena que hoy en día se localizan en Las Nieves. Todos estos argumentos apuntan a que las mismas pudieran ser las antiguas tallas de la procesión el Santo Entierro que tenía su sede en la casa monacal de la Orden de Santo Domingo. Pero de momento no es más que una conjetura aún por documentar. En cualquier caso, la restauración de la pieza donada por Leopold Prats y el proyecto de recuperar esta vieja tradición ya olvidada parece que se encuentra por buen camino. A estos argumentos habría que agregar la estrecha vinculación que ha existido siempre entre el Santo Entierro y las Marías. No en vano, en la iglesia de la Virgen del Carmen de Zaragoza —primer espacio de España donde se ofreció culto a una imagen del Yacente— se encontraban las imágenes de las *Santas Mujeres*. En este caso, se trataría de anexar a nuestras jornadas pasionistas este trono, formado por María Magdalena, María de Cleofás y María Salomé.

La iniciativa de incorporar una imagen mariana propia de dolor se encuentra recogida y aprobada en las disposiciones adicionales de los Estatutos, bajo la advocación de Nuestra Señora de las Angustias, si bien, por la tradición nominal mariana en Canarias, convendría más apropiadamente la de *Virgen de la Soledad* o *del Retiro*. Sobre esta cuestión cabría subrayar que después de la incorporación del *Cristo del Clavo* en 1984 estaba previsto y se propuso a Francisco Palma Burgos la talla de una *Virgen Dolorosa* para acompañar a la imagen del Señor el Viernes Santo. Sin embargo, el inesperado falleci-

miento del escultor malagueño (ocurrido el 31 de diciembre de 1985) impidió su plasmación. La efigie de la *Virgen* podría ir portada en unas andas de baldaquino plateadas como las que poseen la Inmaculada Concepción<sup>42</sup>, las Nieves<sup>43</sup> o Nuestra Señora del Rosario<sup>44</sup> (las mejores de Canarias en su género) de Santa Cruz de La Palma, y que estarían en consonancia con las del Señor, labradas también en este precioso metal.

De igual manera, además de todo lo antedicho, se baraja la idea de dotar un paso con la efigie de *San Juan Evangelista*. En la talla del apóstol podría tener cabida tanto la recuperación de una antigua imagen como la creación de una nueva obra por un artista contemporáneo.

Con el objetivo de otorgar mayor solemnidad al triduo que desde 2006 se celebra de forma anual en honor al *Cristo del Clavo*, el hermano Andrés A. Martín Díaz ha donado una imagen del arcángel San Gabriel realizada por el citado Cayetano Herrera (talla de 50 cm. en madera de cedro, estofada y policromada). La idea es contar con la representación de los tres arcángeles (aún faltarían san Rafael y san Miguel) como testimonio de cuando custodiaron el cuerpo sin vida de Jesús. El acabado de san Gabriel lo representa joven, llorando ante la muerte de Cristo, con túnica blanca y filos dorados, capa morada (en señal de luto) y entorchado en oro, en la mano derecha porta un farol (la luz) y en la otra un ramillete de azucenas (como símbolo de la pureza). Iría colocado a la derecha del Yacente, con san Rafael a la izquierda y san Miguel en la cabecera, bajo una gran cruz.



Finalmente, quedan por mencionar otros proyectos como la adición de una capilla musical que acompañase al *Cristo* en su salida procesional que interprete piezas muy breves; o la incorporación de la figura del muñidor. Las antiguas cofradías canarias solían contar con la presencia de este hermano, cuya labor se centraba en servir de recadero anunciado la muerte y entierro de alguno de sus miembros. Para este cometido hacía sonar una campana y solía ir vestido con unos ropajes característicos que identificaban su misión<sup>45</sup>.

#### NOTAS

1. CONCEPCIÓN FELICIANO, José Fernando. «Una cofradía hermana». *Suspiros de aliento: boletín informativo Cofradía del Santo Sepulcro*, n. 2 (2006), pp. 46-47.
2. En la iglesia matriz se encargó también del grupo de jóvenes y adultos de Acción Católica. Más tarde fue nombrado párroco de Tazacorte. En la Villa y Puerto desarrolló su actividad ministerial a lo largo de nueve años. A su vez compaginó las tareas eclesiales con las clases de religión que impartía en el Instituto «Eusebio Barreto Lorenzo» de Los Llanos de Aridane. Con posterioridad, el obispado lo destinó de nuevo a Santa Cruz de La Palma, ciudad en la que fue designado coadjutor de la parroquia matriz de El Salvador, cargo que ocupa aún en 2007.
3. Especialmente, Enrique Guillermo Pérez García, Santiago San Juan Hernández y Gustavo Gómez Salazar.
4. No se debe olvidar que en 1937 el padre Luis María Eguiraum (sj) había fundado en la parroquia matriz de Nuestra Señora de la Concepción de Santa Cruz de Tenerife la Venerable Hermandad de la Santa Cruz y del Santo Entierro, que desfila en la mañana del Viernes Santo junto al *Cristo*



- del Buen Viaje* y durante la tarde noche acompañando la urna del Santo Entierro. *Vid.* NAVARRO RIAÑO, José Arturo. «La imagen del Cristo difunto y la Procesión del Santo Entierro». En: *Semana Santa, Santa Cruz de Tenerife 2007* [Programa]. Santa Cruz de Tenerife: Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife, 2007, pp. 23-27.
5. RODRÍGUEZ MORALES, Carlos. «Apuntes sobre los inicios de la Semana Santa de La Laguna: la Cofradía de la Sangre y el culto procesional durante el siglo XVI». En: *Semana Santa: La Laguna* [Programa]. San Cristóbal de La Laguna: Ayuntamiento de La Laguna, 2001, p. [48-51].
  6. MOZO POLO, Ángel. *La Real Cofradía de María Santísima de la Soledad y Entierro de Cristo*. Sevilla: [s. n.], 1984.
  7. MARTÍN GONZÁLEZ, J. J. *El escultor Gregorio Fernández*. Madrid: Ministerio de Cultura, 1980, pp. 193-195.
  8. GONZÁLEZ GÓMEZ, Juan Miguel; RODA PEÑA, José. *Imaginería procesional de la Semana Santa de Sevilla*. Sevilla: Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 1992, p. 93.
  9. SANTANA RODRÍGUEZ, Lorenzo. «Un Ecce Homo de bulto en su arca: el Cristo Difunto de La Laguna». En: *La muerte y entierro de Cristo nuestro señor y la Cofradía de la Misericordia*. La Laguna: Ayuntamiento de San Cristóbal de La Laguna, Delegación de Cultura y Patrimonio Histórico, 2002, pp. 77-137.
  10. CALERO RUIZ, Clementina. *Escultura barroca en Canarias (1600-1750)*. [Santa Cruz Tenerife]: Cabildo Insular de Tenerife, 1987, pp. 124-126.
  11. RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, Margarita. «Cristo de la Dulce Muerte». En: *Arte hispanoamericano en Canarias*. La Laguna: Diócesis de Tenerife; Puerto de la Cruz: Instituto de Estudios Hispánicos, 1992, pp. 34-35.
  12. DARIAS PRÍNCIPE, Alberto. *La Gomera: espacio, tiempo y forma*. [S. l.]: Compañía Mercantil Hispano-Noruega: Ferry Gomera, D. L. 1992, p. 108.
  13. Según informa Wifredo Ramos, esta talla fue ejecutada «en la casa de D. Manuel Triana, camino que va desde “La plaza” a Cachete y Tacande. Posteriormente el hijo del anterior (Manuel “Nolo” Triana), nos informó conocer tal comentario, el cual estimaba ser cierto» (*vid.* RAMOS HERNÁNDEZ, Wifredo. *Escultura barroca en La Palma* [Manuscrito]. 1991. Tesis doctoral presentada en la Universidad de La Laguna. Biblioteca Universitaria de La Laguna, sign. 1067, pp. 349, nota 48).
  14. Otra talla digna de mención es el busto de un *Cristo Yacente* que se encuentra en el Real Santuario de Nuestra Señora de las Nieves. Esta pieza, que sigue las formas del barroco, mide 60 cm. de altura y en la actualidad casi no quedan restos de policromía. El investigador y artista Alberto José Fernández García lo donó al Museo Insular de Arte Sacro a comienzos de la década de 1980.
  15. *Estatutos: Cofradía del Santo Sepulcro: Parroquia Matriz de El Salvador, Santa Cruz de La Palma* [Manuscrito]. [1987]. 19 h.
  16. S. A. «Nuestra Semana Santa». *Diario de avisos* (Santa Cruz de La Palma, 22 de abril de 1957), p. [1].
  17. La pérdida del archivo de la Cofradía del Santo Sepulcro y la casi inexistencia de cualquier otro documento han obligado a reconstruir esta historia a partir de fuentes orales. Con este fin se han realizado numerosas entrevistas desde el verano de 2006 hasta la primavera de 2007 a antiguos miembros de la confraternidad sepulcrista de Santa Cruz de La Palma. Desde estas líneas queremos agradecer a todos ellos su inestimable colaboración.
  18. RODRÍGUEZ [GONZÁLEZ], Gloria. *Iglesia de El Salvador de Santa Cruz de La Palma*. [Santa Cruz de La Palma]: Cabildo Insular de La Palma, 1985, pp. 38-40 y 155-156.
  19. S. A. «La Semana Santa caracteriza a los pueblos». *Diario de avisos* (Santa Cruz de La Palma, 11 de abril de 1957), p. [2].

20. Los miembros fundadores de la Cofradía del Santo Sepulcro fueron los siguientes: Enrique Guillermo Pérez García, Santiago San Juan Hernández, Gustavo Gómez Salazar, José Manuel del Arco Montesinos, Rafael Álvarez Melo, José Mederos Cabrera, Antonio Sánchez de Paz, José Martín Herrera, Alfonso Henríquez Tabares, Eduardo Ortiz Cabrera-Pinto, José Feliciano Reyes, Santiago Concepción, Nolasco Marante, Blas Vandewalle, Carlos Lozano Vandewalle, Antonio Isidro, Eladio Álvarez Fernández, Isidro Alcaine Oliete, José María Ribera Uribe, Eugenio Carballo Benítez, Norberto Zamora González, Pedro C. Acosta Lorenzo, Manuel Duque Galván, Francisco Sosa Castro, Guarino González Sosa, Imeldo Santana Almenara y Andrés Vayo Guerrero.
21. En este primer desfile desempeñaron las funciones de mayordomo José Manuel del Arco Montesinos y Rafael Álvarez Melo.
22. S. A. «Fervor y brillantez en la Semana Santa». *Diario de avisos* (Santa Cruz de La Palma, 23 de abril de 1957), p. [2].
23. S. A. «Hallazgo». *Diario insular* (Santa Cruz de La Palma, 6 de abril de 1920), p. [1].
24. S. A. *Amor sapientiae: órgano científico y literario de la sociedad del mismo nombre* (Santa Cruz de La Palma, 24 de marzo de 1894), p. [4].
25. Ya en el siglo XIX, en el semanario *El Time*, Antonio Rodríguez López había combatido esta costumbre. *Vid.* HERNÁNDEZ CORREA, Víctor J. «La Semana Santa a la presión del plomo: religión y conflicto social a través de *El Time*». En: [Programa] *Semana Santa 2001, Santa Cruz de La Palma*. [Santa Cruz de La Palma]: Ayuntamiento de Santa Cruz de La Palma: Cabildo de La Palma, [2001], pp. 32-45.
26. En esta ocasión entraron como miembros ocho nuevos cofrades: Luis Felipe González Cereza, Ernesto Méndez Bravo, Francisco Ferraz Armas, Pedro Serra Arrechaga, Blas Martín Curbelo, Óscar García Rodríguez, Antonio de las Casas Rodríguez y Gabriel Duque Acosta.
27. En 1961 tomaron hábito Bienvenido Moreno, Domingo Martín Lorenzo, Francisco Pérez del Amo, Octavio Díaz Curbelo, José Cerezo, Lorenzo Sicilia Guillén y Nicolás Hernández Gómez.
28. EL PÁRROCO. «Parroquia matriz de El Salvador de Santa Cruz de La Palma». *Diario de avisos* (Santa Cruz de La Palma, 13 de abril de 1965), p. 5.
29. JUSTEL, César. *Semanas santas con encanto*. [Madrid]: El País Aguilar, D. L. 2000, pp. 68-69.
30. Sobre Ezequiel de León véase: GUERRA CABRERA, J. I. *Ezequiel de León y Domínguez: imaginero a destiempo* [Manuscrito]. 1987. Tesina presentada en la Universidad de La Laguna. Biblioteca Universitaria de La Laguna, sing. 822; REYES PÉREZ, Carlos. *Escultura canaria contemporánea (1918-1978)*. Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo Insular de Gran Canaria, 1984, pp. 220-222 y 688; *Semana Santa de La Laguna*. Coordinación Julio Torres Santos. [La Laguna: Ayuntamiento de San Cristóbal de La Laguna], D. L. 2001, pp. 168-169.
31. GUERRA CABRERA, J. I. *Ezequiel de León y Domínguez: imaginero a destiempo*. *Op. cit.*, v. 1, pp. 233-234 y 330, v. 2 fig. 40 (a, b, c). La descripción que la autora realiza de esta pieza es como sigue: «En posición de supino, la imagen presenta una línea recta con los brazos estirados y unidos al torso de forma paralela. La cabeza recta y apoyada en el mismo plano del cuerpo, extiende el pelo hacia detrás. Aunque los ojos ya están cerrados, el cuerpo no presenta aún una relajación total. El paño de pureza cubre cuidadosamente la cadera derecha, dejando al descubierto la izquierda».
32. La pareja mantenía una estrecha amistad con este escultor, lazos que se prolongaban —incluso— a sus respectivos padres. No se debe olvidar que el progenitor de Burgos era el también escultor Francisco Palma García (1887-1938), sobre el que puede consultarse: TÉLLEZ LAGUNA, Manuel.

- Paco Palma, escultor imaginero (1887-1938): perfil de su vida y de su obra.* Málaga: Real y Excma. Hermandad del Santísimo Cristo de los Milagros y María Santísima de la Amargura, 1985.
33. Durante 1987 tomaron hábito los siguientes hermanos: Miguel Camacho Pérez, Ernesto Méndez Álvarez, Rosendo Perera Hernández, Manuel Ramos Tacoronte, Fernando Rodríguez (Castaños), Francisco Javier Rodríguez Sánchez, Eddy Antonio Felipe Paz, Pedro Miguel Rodríguez Perdomo, José Antonio Lorenzo Medina, Francisco Javier Lorenzo Rodríguez, Miguel Ángel Fernández Lorenzo, José Manuel Hernández Pérez, José Carlos Pérez Pérez, José Carlos Rubio Santos, Vicente Poggio Capote, Norberto Perera Hernández, Sixto Felipe Sangil, Antonio Miguel Fernández Martín, Carlos Manuel González Pérez, Álvaro Lugo Acosta, Félix Martín Pestana, Eduardo Luis Perera Hernández, Eladio Pérez Pérez, José Alfredo Escobar Hernández, Fernando Díaz Abreu, Antonio Miguel Isidro Navarro, Eladio Hernández Lorenzo y Domingo Martín Sosa.
  34. En 1988 entraron como hermanos: Héctor Hernández Rodríguez, Jorge Lorenzo Henríquez, César Méndez Herrera, Augusto Negrín Pérez, Carlos Javier Álvarez Medina, Agustín Benítez Díaz, Daniel Lemes Rodríguez, Juan Ramón Ordinas Egea y Antonio Pablo Pérez Concepción.
  35. Entre los últimos hermanos incorporados, se puede enumerar a David Hernández Ferraz, Segundo de Paz Hernández, Jaime Dorca Arrocha, José Francisco Martín Martín, Pedro José Luengo Ramírez y Francisco Alfonso Lorenzo Concepción.
  36. La composición de la cofradía en el año de celebración de sus bodas de oro es como sigue: director espiritual: Manuel R. Lorenzo Rodríguez; hermano mayor: Antonio Pablo Pérez Concepción; secretario: Manuel González Souza; tesorero: Marcelo Castro Concepción; vocal-ayudante: Víctor Manuel Rodríguez Riverol; hermanos de túnica: José Francisco Martín Martín, Juan Ramón Ordinas Egea, Jaime Dorca Arrocha, Andrés Abel Martín Díaz, Fernando Luis Leopold Felipe, José Ramón Rodríguez Sánchez, Segundo de Paz Hernández, Ignacio Capote Alcocer, José Miguel García Leal, Miguel Ángel Martín Díaz, David Hernández Ferraz, Bernardo López Acosta, Antonio Ramos Cabrera, Emmanuel Martín Díaz, Manuel Díaz Noriega, Salvador Castro Concepción, Francisco Alfonso Lorenzo Concepción, Pedro José Luengo Ramírez, Antonio Hernández Ferraz y Javier Guerra Díaz; hermanos acólitos: Pedro José Rodríguez Lorenzo y José Antonio Rodríguez Escobar.
  37. Según Martínez González, se corresponde con la escena denominada de *Cristo depuesto* o también *yacente* o *muerto* (véase: MARTÍNEZ GONZÁLEZ, Rafael. «Del Gólgota al Sepulcro: reflexiones sobre iconografía y propuesta terminológica». En: *Encuentro para el estudio cofradiero: en torno al Santo Sepulcro (3ª. Zamora. 1993)*. Zamora: Instituto de Estudios Zamoranos «Florián de Ocampo», D. L. 1995, pp. 65-74.
  38. Tradicionalmente se guardaban en la iglesia de El Salvador junto a la *Magdalena* de Manuel Díaz. En la década de los '70 fueron trasladados a unas dependencias de la ermita de San Sebastián, donde su sacristán los unificó en unas únicas andas bajo una cruz desnuda y otros atributos de la Crucifixión.
  39. *Serio* por el color negro que en la segunda parte de la liturgia se adquiría, pasando del morado de la pasión al negro de la muerte. Los sacerdotes se revestían con ricas planetas, casulla y capa pluvial negras engalonadas con ricos bordados en oro de bastante relieve, del siglo XIX (sustituyéndose de la liturgia este color negro por el rojo, después del Concilio Ecuménico Vaticano II). El gobierno, los militares, las bandas de música y el pueblo vestían de gala y luto. *Respetuoso* por el acompañamiento silencioso y la gran compostura en el recorrido. *Muy concurrido* por ser una de las



más significativas con la Muerte y Entierro de Nuestro Señor Jesucristo, por tener mayor número de pasos, por contener mayor índice de participación de las instituciones del Estado y por ser la que cierra los cultos de Semana Santa.

40. LA DIRECTIVA. «La Cofradía del “Santo Sepulcro”». *Diario de avisos* (Santa Cruz de La Palma, 28 de marzo de 1961), p. [1].
41. En la celebración de este día así como en otros aspectos organizativos de la Cofradía del Santo Sepulcro, tuvo mucho que ver Luis Felipe González Cerezal, hermano en 1958, juez de distrito que fue de Santa Cruz de La Palma, con una amplia experiencia en el mundo de las confraternidades de Semana Santa antes de su llegada a la capital palmera.
42. PÉREZ MORERA, Jesús. «Notas». En: *Descripción verdadera de los solemnes cultos y célebres funciones que la mui noble y leal ciudad de Sta. Cruz en la yslla del Señor San Miguel de la Palma consagró a María Santísima de las Nieves en su vaxada a dicha ciudad en el quinquennio de este año de 1765*. Santa Cruz de La Palma: Escuela Municipal de Teatro, Ayuntamiento de Santa Cruz de La Palma, 1989, p. 79, nota 44.
43. *Ibidem*, pp. 72-73, nota 20.
44. NEGRÍN DELGADO, Constanza. «Las andas de baldaquino de Nuestra Señora del Rosario de la iglesia de Santo Domingo, Santa Cruz de La Palma». En: *Coloquio de Historia Canario-Americana (9º. 1994. Las Palmas de Gran Canaria)*. Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo Insular de Gran Canaria, 1996, v. 2, pp. 167-189.
45. ALZOLA, José Miguel. *La Semana Santa de Las Palmas*. Las Palmas de Gran Canaria: [s. n.], D. L. 1989, pp. 103-105; ARCHIVO HISTÓRICO DIOCESANO DE TENERIFE, *Libro de visitas y mandatos de la parroquia de Nuestra Señora de los Remedios*, f. 62v y *Constituciones de la Cofradía de la Misericordia, Vera Cruz y Sangre (1610) de la parroquia del Realejo de Santiago del Realejo Alto*, libro de la cofradía, f. 11r, punto 7 de las constituciones. En esta última normativa se contempla el nombramiento de un muñidor por parte del sacerdote «para que con una loba, y su cordón y sombrero, verde, colorada o negra [...] y con una campanilla» avisase de la muerte de los hermanos. Agradecemos a Carlos Rodríguez Morales la cesión de estos datos, así como a José Arturo Navarro Riaño, Ernesto Méndez Bravo, Antonio Pablo Pérez Concepción y Enrique Guillermo Pérez García la lectura previa de este trabajo.